

*Agradar á Dios* es hacer con toda la perfección posible lo que Dios *manda*, lo que *aconseja*, lo que *desea*.

Es llenar el día de obras *bien hechas*, es decir, hechas en el tiempo prescrito, de la manera prescrita, con la intención de contentar á Dios; y estas obras son las de cada día, obras necesarias, obras comunes, obras que hace todo el mundo, tales como la comida, las recreaciones, el sueño, el trabajo material; son las obras que están indicadas una vez para siempre en nuestra regla, con todas sus circunstancias, ya las impongan directamente los superiores, ó ya las exija la caridad; son también las obras hechas en el retiro de la celda, en donde sólo tenemos á Dios por testigo; las que reclama el orden y la limpieza de la casa, de las que todo el mundo se aprovecha, pero que nadie pensará en agradecer.

*Agradar á Dios* es no vacilar nunca ante cualquiera ocasión que se presente de promover su gloria y aliviar al prójimo. «Amemos á Dios, decía san Vicente de Paúl á los sacerdotes de la Misión, amemos á Dios; pero que sea á expensas de nuestro brazo y del sudor de nuestro rostro; porque con frecuencia sucede que muchos actos de amor, de afabilidad, de benevolencia y otros afectos semejantes de un corazón tierno, aunque buenos y loables, son, sin embargo, muy sospechosos cuando no inducen al amor efectivo. Muchos se forjan ilusiones en su acalorada imaginación; recreáanse en los dulces coloquios que tienen con Dios en la oración, pero si, al salir de allí, es cuestión

de trabajar por Dios, de padecer, de mortificarse, de instruir á los pobres, de ir en busca de la oveja descarriada, de querer que les falte algo, de resignarse á las enfermedades ó soportar alguna desgracia, *ya no hay hombre.*»

*Agradar á Dios* es hacer todas las obras sencilla y alegremente, sin encogimiento de espíritu, sin esos continuos temores: *yo no hago lo que podría hacer; no consigo mi objeto como quisiera; no puedo llegar á contentar á nadie.*

El alma que trabaja por agradar á Dios está siempre *contenta*, no por amor propio, sino por el principio de amor de Dios que siente en sí; sabe que Dios ve sus intenciones, esfuerzos, debilidades, luchas, poca aptitud, el cuidado que se toma á fin de hacerse más capaz.... y continúa su trabajo tranquila y sosegadamente, aun cuando no le proporcione ninguna satisfacción.

*Agradar á Dios* es no *rehusar nada* á Dios; no querer hacer lo que piden las *inspiraciones* luminosas y apremiantes que sentimos—estas inspiraciones son muchas veces meras *ilusiones*,—sino todo lo que nos piden nuestra regla, nuestros superiores, nuestro empleo, la caridad ó la benevolencia, todo lo que nos hace más dóciles en manos de nuestros superiores, más amables para con nuestras compañeras y más celosas por la obra de nuestro instituto.

La religiosa que así procura agradar á Dios porque le ama, tiene, no hay duda, momentos de prueba; sentirá cansancio en todos los miembros de su cuerpo, debilidad en las facultades de su espíritu; impotencia para obrar; humilla-

ción por verse inútil....., pero como no ha exagerado nada en su conducta ni en su trabajo, como no ha hecho más que lo que le han dicho y como se lo han dicho, no se inquieta, sabe que Dios lo toma todo en cuenta, que lo recompensará todo, y así, aun cuando tenga que sufrir alguna reconversión injusta, se queda tranquila sin quejarse ni murmurar.

## VI.

Amar á Dios es destruir en los demás todo lo que sabemos que desagrade á Dios.

Lo que sobre todo desagrade á Dios es el pecado, y el alma que ama no querría que se cometiera jamás un pecado. «Los que verdaderamente aman á Dios, dice san Ligorio, no cesan de pedir y de obrar por los pobres pecadores. ¿Es acaso posible amar á Dios, ver el amor que tiene á las almas, considerar todo lo que Jesucristo ha padecido por ellas, y el deseo que tiene de que pidamos por su salvación, y á pesar de todo permanecer indiferentes viendo á tantos desgraciados como se condenan?»

«Para arrancar una alma del pecado ó del infierno adonde las arrastra el pecado, dice santa Teresa, me siento dispuesta á sacrificar mil veces mi vida.»

«Si el Señor me preguntase, como á santo Tomás de Aquino, escribía santa Magdalena de Pazzis, qué recompensa deseo de su bondad, le respondería: ¡Señor, que no se os ofenda más!

De ahí *el celo de la salvación de las almas*. Ahí está, por decirlo así, *el fondo* de toda alma religiosa. «Esta sed de almas, decía santa Teresa, es la gracia que me ha hecho el Señor. Así, cuando leo la vida de los santos, la relación de los trabajos apostólicos de los que han conquistado adoradores para Dios y poblado el cielo, excita mucho más mi devoción, mis lágrimas, mi deseo, que el cuadro de los tormentos que han padecido los mártires. Según mi parecer, nuestro Señor tiene en más alto precio una alma que le habremos ganado con nuestra industria y nuestras oraciones ayudadas de su misericordia, que todos los servicios que podemos hacerle.»

Celo que *ora* para atraer gracias de conversión sobre los pobres pecadores y gracias de perseverancia para las almas piadosas. Recordad, piadosas y santas religiosas, que mientras estáis en oración—en esa inmovilidad de la oración que llenaría de asombro á las personas del mundo si os vieran,—deteneis la justicia divina, dispuesta á herir; arrancáis gracias de misericordia del corazón de Dios; evitáis que se cometa un pecado mortal que en aquella hora estaba á punto de cometerse en la tierra; excitáis en el alma de un agonizante un acto de arrepentimiento y de confianza. «Si todas las noches antes de entregarnos al descanso, dice el P. Fáber, rogáramos á la Santísima Virgen que ofreciera á Dios la sangre preciosa de su Hijo, á fin de impedir que se cometa un pecado mortal en cualquier parte del mundo durante la noche; si renováramos la misma intención

cada mañana para todas las horas del día, semejante ofrenda, hecha por tales manos, no podría menos de *agradar á Dios* y de obtener la gracia deseada; y así podríamos impedir cada año un gran número de pecados mortales..... Supongamos que mil religiosas hicieran esta ofrenda, y perseverasen practicándola durante veinte años; ¡oh! sin hablar de los méritos adquiridos para nosotros, ¡qué prodigioso número de pecados mortales habríamos logrado evitar, y cuánto gozo habríamos proporcionado al corazón de Dios!»

Celo que *protege* á las almas santas, y sobre todo á las almas de los niños, contra las seducciones de la vanidad, del lujo, de la coquetería; contra las máximas poco cristianas, contra las lecturas peligrosas, contra las amistades que tienden á la sensualidad.

Escuchad la fervorosa oración de un religioso consagrado á la educación de la juventud; debe ser la oración de toda religiosa:

«Tengo sed, Dios mío: sed de conquistar almas para vuestro amor.

»¡Almas! ¡almas! ¡necesito almas! ¡Estoy dispuesto á darlo todo, á dejarlo todo y á padecerlo todo por salvar á las almas!

»¡Oh almas carísimas, que habéis costado la sangre de mi Salvador, rendíos á mis ardientes deseos. Venid á abrazar á este Dios crucificado, á quien amo y á quien adoro. Venid á alistaros bajo el estandarte glorioso de su santa cruz!

»Para aseguraros esta felicidad he dejado patria, padres, todo cuanto amaba en la tie-

rra; pero si puedo ganar vuestras almas, si puedo conducirlos al cielo, no he sufrido nada, no he dado nada, pues lo tengo todo por nada; y mis padecimientos y mis sacrificios son la fuente de todas mis alegrías y de toda mi felicidad.

»El universo entero es mi patria, porque todo el universo es el dominio de la caridad.

»Con tal que pueda conquistar almas y devolverlas á Jesucristo, no conozco ya destierro.

»¡Señor, quitádmelo todo, pero *dadme almas!*»

Celo que *sacrifica* el reposo, el tiempo, las fuerzas, por acudir á socorrer á una pobre alma que se aleja de Dios. San Ignacio, hablando un día con el P. Láinez, le dijo: «¿Qué haríais, padre, si Dios os dijera: «Si quieres morir ahora, te daré *el cielo*, pero si quieres vivir todavía para trabajar, *no te aseguro la salvación*, sino que te juzgaré á la hora de tu muerte según el estado en que te hallare?» ¿Qué escogeríais?—Padre mío, respondió Láinez, os confieso que tomaría el partido más seguro y pediría morir.—Pues yo, dijo San Ignacio, cierto no haría así, sino que, si juzgase *poder aumentar la gloria de Dios* en alguna cosa, le suplicaría me dejase vivir. Después de todo, añadió, ¿podría temer que Dios me abandonase por haber sacrificado mis intereses á su gloria? ¡Oh! Piensen otros lo que quieran, yo nunca pensaré semejante cosa de un Dios tan bueno, tan fiel y tan magnánimo.»

Celo que llega hasta *ofrecerse á Dios como víctima* por la salvación de los demás: «Pa-

*decer, trabajar, convertir*, he aquí todos mis deseos, escribía un santo misionero.» Tal es el deseo de toda alma religiosa. No hay pensamiento que conmueva y que llene de gozo como este pensamiento: «¡Tan pequeña y miserable como soy, puedo, gracias á mi profesión religiosa, que me une más íntimamente á Jesucristo y me permite participar más que á otra de los méritos infinitos de su sangre; puedo con mis oraciones, con mi obediencia, con mi resignación en aceptar las pruebas de la vida, impedir una culpa mortal!» Y llena de esta idea tan consoladora, la religiosa que ama á Dios obedece, soporta, sufre, trabaja, se consume, se calla; comprende que, empleando así la vida, está en medio del mundo corrompido por el mal como una urna de donde se exhala á todas horas la fragancia del incienso que purifica el aire inficionado.

## VII

Amar á Dios es no querer más que lo que Dios quiere, y estar contento de todo lo que Dios permite.

Jamás se duda de otro cuando se le quiere. Todo lo que *él dice* se acepta de buena fe, todo lo que *hace* es aprobado absolutamente.

He aquí el estado en que vive la religiosa que ama á Dios: sabe con toda certeza que su confianza en la sabiduría, en el poder, en la misericordia de Dios, á quien se ha dado, no puede engañarla, y así dice con ese entu-

siasmo de los santos: «*¡Aun cuando Dios me matara, siempre le amaría!* ¡Aun cuando no comprendiese nada de lo que Dios hace, aun cuando mi razón me hiciera ver una injusticia en lo que Dios hace, siempre diría que lo que El hace es bueno, es justo, es perfecto, y que, respecto á mí, es siempre lo que podía serme más útil!»

¡Oh, qué manantial de paz y de gozo es esta conformidad libre, íntima, completa á la voluntad divina!

1. *Querer lo que Dios quiere* es aceptar, no sólo sin resistencia, sino con alegría, todos los acontecimientos de la vida: la prosperidad, la adversidad, la enfermedad, la salud, los honores, los desprecios, la abundancia, la pobreza, el afecto de las criaturas, el abandono de nuestros amigos, una vida de padecimientos ignorada y desconocida, la muerte: todas estas cosas Dios las quiere, las prepara y las dispone, ó para corregirnos de algún defecto, ó para enriquecernos con alguna virtud, para santificarnos. Por nuestra parte, no hay duda que debemos *obrar* con toda la actividad y prudencia que, humanamente hablando, á nuestro parecer se requiere para ejecutar nuestras acciones, pero jamás debe separarse la *voluntad de Dios* del resultado que tengan. San Francisco de Sales escribía, tratando de un asunto de suma importancia: «Procuraré tener el negocio arreglado, de tal suerte que podamos verlo concluido, pues no lo deseáis vos más que yo. Pero si no es del agrado de Dios, á mí tampoco me agrada, ni á vos..... Hagamos tran-

quilamente lo que se pueda para lograr buen resultado; y si viendo los ojos de Dios, que penetra lo por venir, que esto no aprovecharía tal vez ni á su gloria ni á nuestras intenciones, su divina Majestad lo ordena de otra manera, eso no nos ha de quitar ni una hora de sueño.»

2. *Querer lo que Dios quiere* es agradarse de vivir con las personas en cuya compañía nos ha colocado la divina Providencia. Aun cuando nos repugnaran su carácter, su educación, sus cualidades, sus defectos, sus máximas, su manera de ser, de portarse, de hablar, de obrar, debemos tener presente que Dios lo sabía cuando nos puso ahí, y que precisamente nos ha puesto para hacernos practicar la paciencia, la humildad, la caridad. Nos basta sufrir, callar, amar, á lo menos con la voluntad, á los que nos prueban, sin manifestarles que nos hacen padecer, y bendecir á Dios para adquirir inmensas riquezas para la eternidad.

3. *Querer lo que Dios quiere* es trabajar con gusto en el empleo que se nos ha confiado y en la casa en donde la obediencia nos ha puesto. Bien sabe Dios en donde estamos; si aquí nos ha puesto, es porque aquí debemos estar para santificarnos y para santificar á los demás; y cuando hayamos cumplido nuestro destino, nos quitará el empleo ó nos enviará á otra parte. Permanezcamos, pues, en ese puesto, que es el único en donde por ahora podemos ganar el cielo: continuemos ahí con toda paz y confianza, aunque nos parezca que nuestro trabajo es inútil. Perseveremo en esa

ocupación que nos ha impuesto la obediencia, por más penosa y antipática que sea á nuestra naturaleza. Si los ángeles del cielo, que tan felices son por estar cerca de Dios; supieran que Dios quería que viniesen á reemplazaros en ese empleo *tan repugnante* quizá, ¡oh! ¡con qué gusto vendrían! ¡Con qué gozo estarían ahí todo el tiempo que Dios quisiera! ¿Acaso no es esto lo que hacen los ángeles de la guarda? ¿No están largos años en compañía de almas ignorantes, groseras y malas? ¿No están al lado de los blasfemos? ¡Ay! si no escucharan más que la voz de su corazón, ¡con qué prisa volarían para ir hacia vos, Dios mío! Mas vos queréis que estén allí, y allí están todo el tiempo que vos queréis!

4. *Querer lo que Dios quiere* es desechar toda inquietud, así respecto á lo pasado como respecto á lo por venir. *Lo pasado* está ahora en manos de Dios, y tal vez ¡ay! con sus faltas, olvidos, y tibiezas; pero de nosotros depende el ofrecer á Dios todos los días nuestros trabajos, nuestras pruebas, nuestros actos de sumisión, nuestros actos de amor, sobre todo á fin de que, por su misericordiosa bondad, se digne repararlo todo, y un día lo encontraremos completamente purificado y brillante gracias á los méritos de Jesucristo que Dios habrá añadido á nuestras aspiraciones. *Lo por venir* no existirá tal vez; no tenemos, pues, por qué inquietarnos; dejemos que el buen Dios nos lo prepare; dejemos que *el día de mañana se cuide de sí mismo: bástale á cada día su trabajo*. Gocemos en paz de la hora presente que Dios

nos concede, y empleémosla útilmente en trabajar con orden, paz y caridad.

5. *Querer lo que Dios quiere* es no buscar en nuestros ejercicios espirituales, ni las dulzuras, ni los consuelos, ni los afectos del corazón, sino permanecer en paz mientras hacemos nuestras oraciones, nuestros rezos, nuestras comuniones en el estado en que al buen Dios le plazca dejarnos. ¿Por qué querer otra cosa que el cumplimiento de nuestro deber? ¿Por qué inquietarnos ó impacientarnos cuando el cumplimiento de *este deber* nos cuesta un poquito de trabajo? ¿No se cumple entonces con más amor, y no será más adelante recompensado con mayor abundancia?

6. *Querer lo que Dios quiere*, es decir en todo y por todo esta sencilla palabra: *¡Bendito sea Dios!* Decirla en el fondo del corazón, y decirla también algunas veces con los labios. San Francisco de Sales quería que esta palabra fuese la divisa de las religiosas de la Visitación; la veréis en todas las cartas que escriben, en todas las paredes de su monasterio; la oiréis pronunciar en el locutorio siempre que alguna religiosa va á empezar una conversación; es su saludo de bienvenida esta palabra tan dulce: *¡Bendito sea Dios!* ¡Sea habitualmente la palabra de todas las religiosas! Esta palabra es un *grito del alma agradecida* que da gracias á Dios por todos los beneficios, y, sobre todo, por la gracia de su vocación; es un *acto de aprobación* de todo lo que Dios permite, de todo lo que envía, de todo lo que consiente; es un *acto de aceptación* del actual

estado en que Dios la deja, del contento que le envía, de la pena que permite; es *el aprendizaje* de la misma palabra que repetirá durante toda la eternidad: *¡Bendito sea Dios!*

He aquí la doctrina de san Francisco de Sales sobre la importantísima cuestión de la propia entrega en las manos de Dios:

«Hay muchos que dicen á nuestro Señor: Me doy todo á vos entera y absolutamente; pero hay pocos que abracen la práctica de esta renuncia, que consiste en la perfecta sumisión á recibir toda clase de acontecimientos según lo ordene la Providencia de Dios; lo mismo la aflicción que el consuelo, la enfermedad como la salud, la pobreza como la riqueza, el desprecio como el honor, el oprobio como la gloria.

»Lo cual entiendo yo según la parte superior de nuestra alma, porque es indudable que la parte inferior y la inclinación natural tienden siempre más bien á busca el honor que el desprecio, la riqueza más bien que la pobreza; aunque todos sabemos que el desprecio y la pobreza son más agradables á Dios que el honor y la abundancia.

»Por consiguiente, para entregarse á Dios de este modo es preciso obedecer *á la manifiesta voluntad de Dios y á la de su beneplácito.*

»La *voluntad de Dios manifiesta*, comprende sus mandamientos, sus consejos, sus inspiraciones, las reglas y las órdenes de los superiores.

»La *voluntad de su beneplácito* se refiere á los sucesos que no podemos prever; por ejem-

plo: no sé si moriré mañana. Veo que es del agrado de Dios que yo muera, y, por consiguiente, me abandono á su beneplácito, y muero de muy buena gana. Del mismo modo ignoro si el año que viene las intemperies y los pedriscos destruirán los frutos de la tierra; si llega el caso de que así sea, ó que haya peste, ú otros parecidos acontecimientos, es evidente que es del agrado de Dios, y, por consiguiente, me conformo.

»Sucederá que no encontréis consuelo en vuestros ejercicios, y no hay duda que es permisión de Dios; he aquí por qué es preciso conformarse, y de la misma manera en todas las cosas que suceden, exceptuando, sin embargo, el pecado y la condenación, pues en esto nunca es permitido consentir so pretexto de conformarse con la voluntad divina, lo cual sería groserísima ilusión.

»Es preciso notar, además, que hay cosas en las cuales hay que juntar la manifiesta voluntad de Dios con su beneplácito; por ejemplo: si caigo enfermo con recia calentura, veo en este acontecimiento ser del agrado de Dios que yo esté indiferente para la salud ó la enfermedad; mas la voluntad manifiesta es que, si no estoy sujeto á obediencia, llame al médico y me aplique los remedios que pueda; no digo que los más exquisitos, sino los comunes y ordinarios; y que los que están bajo obediencia reciban los remedios y tratamiento que se les apliquen con sencillez y docilidad, porque Dios nos lo ha significado dando virtud á los remedios, la sagrada Es-

critura nos lo enseña y la Iglesia lo ordena.

»Hecho esto, una alma completamente entregada á Dios permanece indiferente, tanto si la enfermedad se sobrepone al remedio, como si el remedio vence á la enfermedad; de manera que si tuviera delante la salud y la enfermedad, y nuestro Señor le dijera: «Si escoges la salud no te quitaré ni un átomo de mi gracia, mas si escoges la enfermedad yo me agradaré un poco más de eso», entonces el que enteramente se ha puesto en manos de nuestro Señor escogerá, sin duda, la enfermedad únicamente porque de eso se agrada Dios un poco más; sí, aun cuando tuviera que pasar toda la vida postrado en un lecho, sin hacer otra cosa que padecer, no querría por nada del mundo desear otro estado de salud. Así, los santos que están en el cielo tienen tan unida su voluntad con la de Dios, que, si Dios se agradara más de que estuvieran en el infierno, dejarían el paraíso para ir allá.

»Este estado comprende también la sumisión completa al beneplácito divino en todas las tentaciones, arideces, sequedades, aversiones y repugnancias que se encuentran en la vida espiritual; porque en todo esto sólo se ve el beneplácito de Dios, cuando no sucede por nuestra culpa y no hay pecado en ello.»

## VIII

Amar á Dios es confiar en El en todas las cosas.

Quando uno ama y se siente amado, vive en paz bajo la protección de aquel á quien ama.

Alma religiosa, ¿no te sientes amada, muy amada del buen Dios, cuyo poder, bondad y sabiduría conoces? Mira si hay quien sea más amada que tú por este Dios. ¿Recuerdas las páginas en las cuales hemos tratado de manifestar algunas de las bondades que El ha mostrado llamándote, esperándote, buscándote, perdonándote, acogíendote; bondades que continúan aún todos los días, puesto que te conserva á su lado; te rodea de *solicitud*, de gracias, de luces; te admite á la comunión frecuente y te hace experimentar el gozo su presencia?

¡Oh! ¿por qué no estás siempre risueña viéndote protegida por el amante corazón de tu Padre?

No hay duda que le has ofendido, que le has desobedecido, pero sabes muy bien que te ha perdonado.

«Cuando el demonio, para asustarme y desanimarme, me ponga delante de los ojos el número casi infinito de mis faltas, escribía una religiosa, yo digo: Es verdad; he sido muy culpable, pero Dios ha sido infinitamente más misericordioso, y me ha perdonado, porque ha visto el arrepentimiento sincero que he tenido de mis culpas cuando he hecho la confesión á su ministro.

»Cuando el demonio viene á atormentarme con el temor de haberme confesado mal, digo: No, no; Dios no lo hubiera permitido cuando yo lo hacía con tanta sinceridad.

»Cuando el demonio viene á aterrarme con el pensamiento de que me condenaré, digo: No, eso no es posible; para condenarme sería

preciso aborrecer al buen Dios, y yo conozco que le amo y que le amaré siempre.»

Sí, alma querida consagrada al Señor, tú amarás siempre á tu Dios; vive en paz sin preocuparte por tu salvación.

No es *olvidadizo* el que te ha prometido el céntuplo en esta vida, y la vida eterna en la otra.

No es *ingrato* ese Dios á quien te has dado enteramente.

No es *insensible* ese esposo por quien has dejado á tu padre y á tu madre, que tanto te amaban.

No es *tirano* ese dueño por quien trabajas desde la mañana hasta la noche, sacrificando tu voluntad por hacer la suya, empleando tus fuerzas para hacer que le conozcan y amen.

Cuenta, pues, con El cuando *estés enferma*; El sabrá medir el dolor según tus fuerzas y purificar tu alma por medio de los padecimientos del cuerpo.

Cuenta con El cuando *estés cansada, abatida, fatigada*; cuando te parezca que estás sola en medio de un desierto; entonces está cerca de ti, sosteniéndote con su gracia, asistiendo á la lucha que traes contra la tentación y el desaliento, multiplicando tus fuerzas y preparando tu corona.

Cuenta con El *siempre y en todo*. Una madre puede olvidar á su hijo, pero os juro que yo, el Señor, no abandonaré jamás al alma fiel.

«Una vez que el alma se ha penetrado bien de la idea de que *Dios es su padre*, dice el P. Fáber, se reviste la vida de apariencias en-



teramente nuevas. Si trabajamos, es bajo la mirada de Dios; si nos recreamos, su sonrisa paternal reanima nuestra alegría..... Entonces no se pasa día sin que en El notemos algún rasgo paternal en que hasta aquel día no habíamos reparado. Las oraciones se hacen con más fervor, los Sacramentos producen más copiosos frutos de salud, los deberes se tornan en privilegios, las penitencias tienen la encantadora apariencia del placer, las penas enternecen el corazón y los dolores nos parecen presentes del cielo..... ¡Oh! Ante la idea de que vivimos amados y protegidos por Dios, ¡cuán dulce se hace todo! ¡Qué suave nos parece! El menor objeto que se presenta á la vista, el más débil sonido que retiñe en nuestro oído, hace estremecer nuestro corazón, como si Dios fuese á hacernos oír su voz ó aparecerse él mismo.»

¡Oh! ¡Dichosas las almas que se complacen en llamar á Dios *padre suyo* y que tienen para Dios corazón de *hijo*!

## IX

Amar á Dios es aspirar á unirse con El.

Aspirar á unirse con Dios es aspirar á poder decir con san Pablo: *No soy yo quien vivo, mas vive Cristo en mí.*

Es ayudar á Jesucristo á cumplir la promesa que ha hecho por estas palabras: *Si alguno me ama, mi Padre le amará también, vendremos á El, y haremos en El nuestra morada.* «No

debemos contentarnos, como dice Bossuet, con acompañarle en apariencia, sino que debemos estar *íntimamente unidos* á El, no de pasada, sino como de asiento y de un modo permanente..... ¡Oh! ¿Quién podrá decir cuán íntimamente habita Dios en el alma que le ama? ¡Cómo la dilata para pasearse por ella y, desde el fondo íntimo de esa alma, difundirse por todas partes, ocupar todas las potencias, animar todas las acciones!» *Estad en mí*, decía también Jesucristo á los que amaba y cuyo amor pedía, *estad en mí, y yo estaré en vosotros.*

Vamos á indicar *en qué consiste esta unión*, que, á decir verdad, no alcanzan de una manera completa todas las almas consagradas á Dios, pero á la que todas deben aspirar, y luego daremos á conocer los *defectos que son obstáculo á esta unión.*

I. Aspirar á unirse con Dios es querer de tal manera renunciar uno á sus ideas, á sus deseos, que no tenga ya más que las ideas, los deseos y los pensamientos de Jesucristo: ese es, por lo demás, el distintivo *del amor* (1). ¿Y no es

(1) «Amar, dice santo Tomás, es *tender á unirse*. Es procurar hacer de dos voluntades una.» «El amor, dice el mismo doctor, *es un movimiento que se dirige al bien para tomar posesión de él.* ¿En dónde está ese bien, ese bien verdadero, ese bien completo, ese bien que no cambia y hacia el cual se lanza natural y casi irresistiblemente todo corazón puro? Está en Dios, nada más que en Dios.» *El amor*, dice san Juan, nos une á Dios de tal manera, que cuando una alma posee la caridad, *Dios está realmente en ella y ella está realmente en Dios: Qui manet in charitate, in Deo manet, et Deus in eo.* (1 Joan., cap. IV, vers. 16.)

esto lo que habéis querido hacer, vosotras religiosas, al pronunciar los votos? Esos votos, ¿no os han unido irrevocablemente á Jesucristo y, por consiguiente, á su voluntad? ¿No habéis enajenado en sus manos vuestra voluntad de la manera más absoluta? ¿Quién, pues, puede decir mejor que vosotras que *está unido* á Jesucristo? La Iglesia lo comprende tan perfectamente, que os da el nombre que en la tierra expresa mejor la unión entre dos seres: os llama *esposas de Jesucristo*.

Así, la verdadera religiosa no tiene más que un *temor*: el de desagradar al corazón amantísimo de su Esposo; de ahí desconfianza de sí misma; vigilancia habitual; sosiego y paz en todos sus movimientos; precauciones minuciosas, pero sin inquietud y sin turbación, en su trato con las criaturas; temor de todo lo que le parece ocasión de pecado.

No tiene más que un *pensamiento*: el pensamiento de Jesucristo, su divino Esposo crucificado, cuya imagen está siempre delante de sus ojos; de ahí recogimiento habitual y espí-

---

Mas esta unión, con toda su perfección, sólo existe en el cielo.

«El distintivo del amor, dice Bossuet, es tender á la unión más íntima y más estrecha que pueda existir; la unión de las voluntades.»

«El amor, dice el P. Lacordaire, es un poder soberano, una fuerza superior que nos lleva fuera de nosotros mismos para unirnos á otro.» La religiosa ha experimentado bien esta *fuerza superior*, que la ha llevado lejos de su familia para unirla á Dios. Sin este *poder soberano*, ¿cómo se hubiera podido separar de su madre, acaso para no volverla á ver?

ritu de oración; pureza de intención; elevaciones frecuentes de su alma por medio de cortas y afectuosas palabras de adoración, de alegría, de sumisión; atención delicada á la voz de la gracia, que exige de ella más paz, más humildad, más abnegación.

No tiene más que una *ciencia*: la ciencia de Jesucristo: su escuela es *el Tabernáculo*, junto al cual va á arrodillarse y á rezar lo más que puede; su libro es *el crucifijo* que con frecuencia toma en sus manos cuando está sola en oración; de ahí desprendimiento completo de su modo de ver, de pensar, de juzgar, por ver, pensar y juzgar como Jesucristo y como sus superiores, que están en lugar de Jesucristo; de ahí indiferencia por los empleos, por los cargos, por las ocupaciones; sencillez para ocupar tal puesto, á que la destinan sus superiores porque sabe que Dios está obligado á venir en su auxilio.

No tiene más que un *deseo*: el de parecerse á Jesucristo, su Esposo; de ahí esta pregunta que frecuentemente se dirige á sí misma: *¿Hubiera obrado así Jesucristo? ¿Hubiera pensado de esta manera? En mi lugar y en estas circunstancias, ¿qué hubiera hecho Jesucristo?* De ahí tendencia continua á vivir pobre y abatida; á ser afable en sus palabras, caritativa en sus pensamientos, complaciente y generosa en sus actos, compasiva en sus juicios: Jesucristo hubiera obrado así.

No tiene más que una *ocupación*: la de agradar á Jesucristo; de ahí minuciosos cuidados para conservarse inocente y pura, y fre-

cuentes recursos al sacramento de la Penitencia; desasimiento de todo lo que podría atestar su corazón y mantenerle apegado, siquiera fuese muy ligeramente, á otro fuera de Dios; de ahí, sobre todo, continua tendencia á unirse más y más á la voluntad de su divino Esposo, voluntad que ella se complace en proclamar siempre santa, siempre justa, siempre amable; de ahí esfuerzos incesantes por no tener otro *espíritu* que el de Jesucristo; por pensar del mundo lo que El pensaba; por amar la abyección, la humildad, la vida oculta; y á fin de conseguir este resultado, á que no se puede llegar sin una gracia especialísima, piensa continuamente en prepararse á la *comunión frecuente, cotidiana*, si se lo permiten.

No tiene más que un *objeto*: sacrificarse con su esposo Jesucristo. Sabe que la esposa no ha de ser más que el Esposo; que debe seguirle á todas partes adonde vaya; que debe ayudarle en todo lo que haga; así quiere, como Jesucristo, ser *victima* por la salvación del mundo; como El, quiere ser obediente, y obediente hasta la muerte; *pobre*, hasta no tener nada de que pueda llamarse propietaria; *casta*, hasta negarse toda satisfacción de los sentidos que no sea, á su parecer, estrictamente necesaria, y hasta reducir su cuerpo á servidumbre; *humilde*, hasta amar los desprecios y alegrarse de ser menospreciada y tenida en poco; *caritativa y generosa*, hasta sacrificar su reposo, su salud, su vida misma, como lo hizo Jesucristo, desde el momento que se trata de ser útil al alma y aun al cuerpo del prójimo.

Está, según la notable expresión de san Francisco de Sales, está *transida*, es decir, ha pasado de esta vida á la otra. «Decimos de los muertos que han *pasado*, escribe en su *Tratado del amor de Dios*, dando á entender que la muerte no es más que el tránsito de una vida á otra, y que morir no es otra cosa que *traspasar* los confines de esta vida mortal para ir á la inmortal. Ciertamente, no puede morir nuestra voluntad, ni tampoco nuestro espíritu; pero *traspasa* algunas veces los confines de su vida ordinaria para vivir enteramente en la voluntad de Dios; tal sucede cuando no sabe ni quiere saber nada, sino que se abandona totalmente á lo que sea del agrado de la divina Providencia, *disolviéndose y mezclándose* de tal manera con la voluntad divina que *desaparece*, por decirlo así, quedando toda oculta con Jesucristo en Dios, en donde vive, no ella, sino la voluntad de Dios en ella.»

Así, pues, una alma *unida á Dios* es una alma que ha dado á Dios un poder tan absoluto sobre su propia voluntad, y vive en una dependencia tan entera de la voluntad divina, que Dios está en ella como *el alma de todas sus acciones y de todos sus deseos*.

Es una alma á la cual manda Dios en la seguridad de que será siempre obedecido; una alma de quien, por su santa gracia, Dios es en todo obedecido con tanta fidelidad que, no sólo no encuentra en ella ninguna resistencia, sino que, por el contrario, encuentra *una voluntad firme para no obrar nunca sino por su impulso*.

Una alma, en fin, de la que Dios ha tomado posesión de tal manera, que no obra más que por *el espíritu de Dios*, y puede decir tan sencillamente como san Pablo: «*No soy yo la que vivo, sino Jesucristo es quien vive en mí*» (1).»

¿No es ésta ¡oh religiosas! la aspiración incansante de vuestra voluntad? ¡Oh! ¡pedid, pedid al Dios de toda misericordia, á ese Dios que tanto os ama, pedidle que os conduzca poco á poco, por la *sumisión*, por el *desprendimiento* y por el *sacrificio*, á esa unión, que es, como ahora comprendéis, el fin para que os ha llamado á la vida religiosa!

II. He aquí ahora la indicación de los defectos que son más ordinariamente obstáculo á la unión con Dios. No hablamos de *faltas*, sino sólo de *defectos*, defectos ¡ay! casi amados, y que pueden ser el origen de muchas faltas.

(1) «Se puede decir realmente que esta alma vive de la vida de Dios mismo. ¿Cómo? Porque lo que vive en nosotros es lo que manda. Así decimos de nuestros propios cuerpos que *viven de la vida de nuestra alma*, porque nuestra alma es la que manda hasta en nuestras facultades corporales. Así decimos, de todo hombre sujeto á las inclinaciones de sus sentidos, que *el hombre carnal vive en él*, y que ese hombre vive *una vida animal*, porque los apetitos desordenados mandan y gobiernan á ese hombre en toda su conducta. Por consiguiente, cuando Dios es en una alma el árbitro soberano de todos sus deseos y el dueño absoluto de todas sus operaciones, debe decirse también, pero aun con más fundamento, que *Dios vive en ella y que ella vive de la vida de Dios mismo*.» (Lafiteau.)

### I.º — TENER ALGÚN AFECTO PARTICULAR

No se trata aquí de esos afectos groseros *á los bienes de la tierra, á la vanidad, á los placeres de los sentidos*, afectos á los cuales habéis renunciado por vuestros votos, y que, gracias á Dios, os inspiran cierto horror; sino que se trata de esos *afectos más delicados* á personas ó á cosas que, según decís vosotras con gran candor, os impelen hacia Dios con más seguridad y en derechura.

Ya es *el cariño á un director piadoso y celoso* que hace bien á vuestra alma.

Ya es *el apego á ciertas oraciones, á ciertas mortificaciones y aun á la santa comunión*.

Sí, en sí mismos son *buenos* estos afectos; mas porque pensáis demasiado en el objeto de vuestro cariño; porque os alegráis demasiado cuando le tenéis; porque os afligís demasiado cuando os veis privadas de él; porque os atormentáis demasiado por tenerlo; porque estáis hablando de él casi siempre, estos afectos impiden que vuestro espíritu sea totalmente de Dios; os distraen durante la oración, os quitan la paz del corazón, os hacen menos prontas para la obediencia.

1. ¿Te encamina á Dios ese *director piadoso y celoso*? Vé, pues, á Dios, y no te detengas en aquél; respétale, apréciale, muéstrate agradecida; agradece, sobre todo, al buen Dios el que te le haya proporcionado; mas *si Dios, que te lo ha enviado, te lo quita*, no pierdas la paz; norabuena que lo sientas, pero no murmures;

continúa rogando por él, y acepta sencillamente y sin desconfianza al que *Dios envíe* para reemplazarle. ¡Oh alma de poca fe! ¿Quién te va á salvar, el confesor ó Dios? ¿Quién ha dado luz, amor, abnegación á ese por quien lloras? ¿No es Dios? Y ¿quién te le ha quitado? ¿No es Dios? Y ¿te atreverás á pensar que Dios no dará á otro *todo lo que sea menester para encaminarte al cielo?*

2. Excelentes son las ideas piadosas que llenan tu alma y los ardientes deseos que sientes *de comulgar y de mortificarte*; pero advierte que esas son tus *ideas* y tus *deseos*, y que no son *quizá* los del buen Dios. Dios manifiesta su *voluntad del momento* por medio de tus superiores, y en cuanto éstos hayan hablado debes someterte y abandonar todo lo que era *tuyo*; no mortificarte ya de aquella manera que habías escogido; no ir á la oración en aquella hora que te convenía; no hacer ya aquellas numerosas comuniones que te habías prescrito.

Tal vez otras superiores te habrían autorizado para hacer todo lo que se te prohíbe actualmente: *¿por qué, dirás tú, por qué esta diferente manera de ver? ¿Lo que ayer era bueno, no lo es ya hoy?*

¡Cállate, pobre respondona! Lo que era bueno ayer *para ti*, es todavía bueno en sí mismo, pero no te conviene ya. Tú no lo ves, pero Dios lo ve, y obra según las circunstancias.

¡Ah! Si fuese únicamente *la gloria de Dios* lo que buscas en esas comuniones, en esas oraciones, en esas mortificaciones, podrías ex-

perimentar cierta contrariedad, pero nunca murmurarías. Desciende hasta el fondo de tu alma, y hallarás que no es la privación de la mortificación ó de la comunión lo que te mueve á murmurar, sino *la decepción que padeces*. En tus murmuraciones entra por más el amor propio que el pesar.

2.º — NO TENER BASTANTE HORROR Á LAS FALTAS LEVES VOLUNTARIAS

La unión pide semejanza; así, pues, Dios, que es la misma pureza, no puede estar *unido* sino con la pureza. Ciertamente que no tienes amor al pecado, ni aun al más leve pecado, ni á la más ligera imperfección; y si antes de cometer esa falta de silencio, si antes de soltar la lengua á la murmuración, ó de entregarte á la distracción durante el rezo, ó de empezar esa lectura que perturba tu imaginación, te dijeras: *Voy á hacer un acto que Dios desea que no lo haga*, no, no lo harías seguramente.

Pero esos actos cometidos por ligereza, por inclinación, por hábito, no te causan *bastante* pesar, no te excitan lo bastante á tomar serias precauciones; no olvides que más vale *precaución* que *resolución*. He aquí lo que impide tu *unión con Dios*. ¡Oh! Si realmente amaras al buen Dios, tal vez cometerías aún esas ligeras faltas; mas ¡qué pronto te humillarías y arrepentirías después de cada una de ellas! ¡Cómo procurarías repararlas con mayor fidelidad! ¡Oh! No estés ni un momento *desunida* de Dios! Pronto, pronto haz un acto de contri-